

LA CONVERSACIÓN LITERARIA: UN CAPÍTULO DE LA HISTORIA DE  
LA LECTURA EN CHILE. SALONES, TERTULIAS, ATENEOS, EN CHILE,  
EN LOS SIGLOS XIX Y XX.

*LITERARY CONVERSATION, A CHAPTER IN THE HISTORY OF  
READERSHIP IN CHILE: SALONS, 'TERTULIAS', 'ATENEOS' IN CHILE  
DURING THE 19<sup>TH</sup> AND 20<sup>TH</sup> CENTURIES.*

Darío Oses  
Fundación Pablo Neruda.  
dosesbiblio@fundacionneruda.org

RESUMEN

Este artículo revisa críticamente parte de la bibliografía sobre salones, tertulias intelectuales, sociedades literarias y otras asociaciones culturales, y la contrasta con testimonios de algunos memorialistas. Propone que las distintas formas de la conversación literaria son una fuente de primera importancia para la historia de la lectura en Chile, en aspectos como las prácticas y contenidos de lectura, y para la caracterización de una época en que la palabra escrita y hablada tenía una gravitación decisiva en la cultura y la sociedad chilenas.

PALABRAS CLAVE: Salones literarios, tertulias literarias, sociabilidad, lecturas, historia de la lectura.

ABSTRACT

This article critically reviews part of the bibliography about salons, intellectual gatherings, literary societies and other cultural associations, and contrasts it with some memorialists' testimonies. It proposes that the diverse forms of literary conversation are a really important source for the history of readership in Chile, regarding aspects such as practices and reading contents, and for the characterization of an era when the written and spoken word had a decisive influence in Chilean culture and society.

*KEY WORDS: Literary Salons, Literary Gatherings, Socializing, Readings, History of Readership.*

*Recibido: 9 de marzo de 2012*

*Aceptado: 30 de abril de 2012*

La sociabilidad en torno a la literatura se manifestó en nuestro país, desde fines de la época colonial, en distintos tipos de espacios de debate y de diálogo, principalmente en tertulias, salones y sociedades literarias, de los que han quedado testimonios principalmente en textos de memorialistas, diarios de vida y epistolarios. Estos documentos pueden aportar información de interés para la historia de la literatura chilena desde el punto de vista de la recepción, para la historia de las prácticas y contenidos de lecturas, y, en términos más generales, para el examen de una época en que la palabra hablada y escrita era fundamental en la formación de la mentalidad y en las formas de ser y de relacionarse de las elites en Chile.

Existe también una bibliografía que registra y tipifica estas asociaciones y que intenta explicar su proliferación, transformaciones y decadencia.

El sociólogo Hernán Godoy indica que este tipo de reuniones literarias fue una forma significativa de la sociabilidad de la elite social chilena en el siglo que va desde mediados del XIX en adelante (148).

Cristián Jara señala, como punto de partida a la tertulia, “una práctica tradicional de la sociabilidad chilena” que consistía en una reunión, al final de la jornada, de las familias con algunas amistades, para conversar sin ninguna formalidad ni exigencia (186). El tránsito de la tertulia al salón, se produce como consecuencia de la creciente complejidad de la vida social y cultural. La primera fue una práctica del Chile todavía provinciano y de todas las clases sociales. El salón, en cambio, “tenía un aire cosmopolita”, muchas veces pretencioso, donde se celebraban las opiniones audaces y se enfatizaba el propósito intelectual, como una forma de exclusión que se sumaba a la social.

Para Angélica Muñoz, la tertulia existió durante la Colonia y continuó en la República. “De un modo casi imperceptible, la antigua tertulia chilena se va asociando al concepto de salón, y éste a la vida de la sociedad parisiense” (243).

Existe un consenso relativo en cuanto a la importancia de la influencia europea, especialmente francesa, en los salones chilenos. No lo hay, en cambio, sobre los efectos que éstos tuvieron en la modernización cultural. Cristián Jara sostiene que “desde una perspectiva histórica amplia el salón literario en Chile representó un episodio en el proceso de inserción del país al mundo contemporáneo” (198). Manuel Vicuña, en cambio, afirma que los salones chilenos suscribieron sólo parcialmente la tradición de los europeos. Si éstos estimularon las libertades intelectual, femenina y social, el salón chileno cumplió con las dos primeras, jugando más bien en contra de la tercera, al fomentar una cultura propia, exclusiva y excluyente de la elite social, al convertir la literatura en parte de lo que se consideraba un estilo de vida aristocrático (77-78). Esto podría ser válido para el siglo XIX, ya que a partir de las primeras décadas del XX comienza a producirse la mesocratización del campo literario en Chile, y por lo tanto de las formas de asociatividad en torno a la literatura.

## LA FUSIÓN DE POLÍTICA Y LITERATURA

Godoy hace notar la afinidad entre los salones y las prácticas de interacción política de la época, que según algunos historiadores, más que en principios doctrinarios se basaban en relaciones interpersonales. Así, tertulias literarias o políticas y salones habrían sido algunas de las instancias de la interacción personal de la clase política dirigente. Refuerza esta relación el hecho de que en el siglo XIX los poetas y escritores alcanzaron un status social elevado, y llegaron a ocupar posiciones importantes como parlamentarios, ministros y diplomáticos (Godoy 148).

Bernardo Subercaseaux indica que para los jóvenes liberales de la generación de Lastarria, la literatura era “parte de la actividad política y ésta parte de la actividad literaria” (*Historia...* Tomo I 50). Agrega que tanto conservadores como liberales coincidían en que la política “era un campo reservado a hombres cultos” (52).

Para Gonzalo Catalán, si hay algo que define al literato del siglo XIX es la doble síntesis, por una parte entre las funciones políticas y las de producción cultural, y por otra, entre las diversas expresiones y géneros de lo literario que se cultivan (90 – 91).

La fusión de política y literatura es, en efecto, uno de los datos significativos para caracterizar la actividad literaria del siglo XIX. La consecuencia de esta síntesis fue que el doctrinarismo se convirtió en la “nota sobresaliente” en la producción cultural, en desmedro de las obras de imaginación. Tanto que Lastarria pensaba que las obras de ficción no alcanzaban a constituir una necesidad social pues bastaban las novelas europeas que se importaban, o se reimprimían y traducían en el país “para llenar los ocios y satisfacer el sentimiento de los lectores de este género de obras” (Cit. Catalán 93).

## LINAJES INTELECTUALES Y ENCUENTROS INTERGENERACIONALES

Llama la atención de Hernán Godoy “la relativa frecuencia de las tertulias intelectuales, así como la prolongada duración de muchos salones literarios, que nunca faltaron en el siglo transcurrido entre 1840 y 1940” (147). Además de la amistad que unía a los concurrentes a determinados salones, algunos de estos tenían un carácter familiar. Advierte Godoy que en muchos casos se continuaba la tradición del salón de una generación a otra, “hecho ligado al fenómeno sociológico de la existencia de linajes intelectuales chilenos” (148).

Al revisar textos de memorialistas se advierte el carácter conservador de algunos salones, donde se valoraba la tradición y donde las generaciones nuevas recibían de las anteriores imágenes entre nostálgicas, legendarias y heroicas de los tiempos viejos. Muchas *saloniéres* chilenas parecen haber tenido el don de la longevidad, y además la vitalidad necesaria para mantenerse a la cabeza de sus salones hasta los ochenta y los noventa años. Esto les permitía recibir a contertulios de las generaciones nuevas,

y uno de los temas de conversación con ellos era el de los tiempos pasados. Así por ejemplo, Orrego Luco escribe que en el salón de Lucía Bulnes escuchó a esta dama recordando “las crónicas del tiempo viejo”:

[...] hacía revivir la tertulia del general Bulnes, las figuras de Montt, Varas, Tocornal, de don Andrés Bello. Surgían recuerdos de don Domingo Santa María cuando era joven, y de Ángel Custodio Gallo, el gran revolucionario de Atacama, que mandó fundir balas de plata cuando se acabó el plomo, antes de la batalla de Los Loros [...] Muchas veces la oía recordar los bailes de antaño, la revolución del 51 y la del 59; las costumbres coloniales que surgían como evocadas por una varilla mágica” (75).

También de larga vida fue el salón de Martina Barros de Orrego, en el que llegaron a reunirse contertulios de distintas generaciones. Uno de sus hijos, Álvaro Orrego Barros, llevó a Eduardo Balmaceda al salón de su madre. Éste recuerda:

Su salón estaba muy concurrido de intelectuales de calidad, entre los que sobresalía el ático don Juan Agustín Barriga y algunos periodistas de fuste; doña Martina, casi nonagenaria, conservaba todo el brillo de su inteligencia y su vasta cultura. Me habló de mi familia, de la amistad de su padre y sus tíos con mi abuelo paterno; algo del Presidente Balmaceda por quien me parece no guardaba mayor simpatía. Quizás don José Manuel rehuía las conversaciones serias con las damas, lo que no podía ser aceptado por doña Martina (...) Volví varias veces; era muy interesante oír a doña Martina; pocas personas como ella conocían nuestro pasado, como que en tan largo lapso lo había vivido (323).

Es interesante constatar cómo determinados salones crean su propia tradición y se convierten en un elemento de continuidad, aun dentro de los cambios radicales que se producen en el campo literario desde principios del siglo XX. Este carácter conservador viene a matizar aquel otro innovador y de apertura a la mentalidad moderna, del que habla Cristián Jara.

Godoy comenta también la “movilidad” física y espiritual de los salones literarios chilenos. Algunas damas que residieron en Francia abrieron salones a su regreso a Chile. En unos pocos casos algún salón chileno se habría prolongado en Europa. Como ejemplo, cita la tertulia de Eugenia Huici de Errázuriz en París, en las primeras décadas del siglo XX (149). Este ejemplo puede discutirse a la luz de los trabajos de Alejandro Canseco-Jerez, que indican que Eugenia Huici no tuvo ni una tertulia ni un salón formalmente establecidos. Sí ejerció un importante mecenazgo a favor de figuras como Blaise Cendrars y Pablo Picasso, y recibía a éstos y a otros creadores en sus casas de París y Biarritz, donde se quedaban por largas temporadas dedicados a su trabajo creativo. Había, desde luego, conversaciones entre estos creadores residentes, y reuniones para trabajar en proyectos como el ballet *Parade*. Una de ellas fue calificada

por Cocteau como “la cena de la noche de Babel”: “Madame Errázuriz gritaba en español con Picasso, Diaghilev en ruso con Massine y Satie en dialecto ‘Sauternes’ con Cocteau” (Canseco-Jerez 29).<sup>1</sup> Domingo Santa Cruz enfatiza la informalidad de las reuniones en torno de aquella dama: “...fueron muchas las veces que, más tarde, en casa de doña Eugenia, me tocó almorzar o comer con Picasso, Strawinsky, el poeta Blaise Cendrars, Fernando Léger, Juan Gris, entre otros. A menudo no había comida sino para dos y llegaban todos [...] había que salir a comprar y sin jerarquías” (91). En otra parte de sus memorias musicales, Santa Cruz habla de una reunión con Villa-Lobos: “...después de comer en la forma imprevisible que usaba doña Eugenia, se enhebró una discusión acerca de lo americano...” (126).

Los salones sí se desplazaban a veces, estacionalmente, desde Santiago a las casas de fundo o a las quintas aledañas a la capital. Fue el caso del salón de Emiliana Concha de Ossa quien, como recuerda Eduardo Balmaceda, en primavera y en otoño “recibía en su propiedad de Pirque, cuyas señoriales casas había amueblado espléndidamente” (324).

## SALONES, EDUCACIÓN, Y CONTENIDOS Y PRÁCTICAS DE LECTURA

En su estudio ya citado, Manuel Vicuña aborda el salón “en contrapunto con el desarrollo educacional”, y con las organizaciones intelectuales que se crearon al margen o como apéndices de la Universidad y de otras instituciones. Destaca la función que cumplieron los salones en la educación de las mujeres de la élite social, al menos en contrarrestar las desventajas de su formación que se pusieron en evidencia cuando las mujeres de clase media comenzaron a matricularse en las universidades y a obtener títulos profesionales.

Dentro de este proceso de adelanto cultural, Vicuña incluye el enriquecimiento y la diversificación, tanto de contenidos como de prácticas de lectura. Hace notar que “la tradicional escasez de textos no religiosos durante la Colonia, distó de resolverse en las décadas inmediatamente posteriores a la Independencia” (86).

Ciertas prácticas, como la lectura en voz alta, sirvieron entonces para enfrentar la escasez de textos y maximizar el uso de los pocos ejemplares disponibles. Ésta podría ser, además, una herencia de la Colonia, cuando se convierte en parte de los ritos de ciertas comunidades. En un artículo sobre la vida en los claustros en la época colonial, se describen las prácticas de lectura en voz alta de las sagradas escrituras, de vidas de santos y de otras lecturas edificantes, en el refectorio, tanto durante la comida de mediodía como en la de la cena (Millar y Duhart 149).

---

<sup>1</sup> Ver, además, Canseco-Jerez, Alejandro, *La mécène de Picasso. Eugenia Huici Errázuriz*. París: Artextos, 2008.

La lectura en voz alta, en otros ámbitos, permitió difundir la palabra escrita más allá del reducido círculo de sus lectores directos, alcanzando a la población analfabeta. No era ésta, sin embargo, la función que cumplía en el salón, puesto que su auditorio estaba formado por personas alfabetas que con seguridad practicaban también la lectura privada, solitaria y silenciosa. Aquí el fin inmediato de la lectura en voz alta era maximizar la disponibilidad de algunos textos escasos y también crear una comunidad en torno al placer del texto compartido.

Martina Barros señala que la elite de la inteligencia, la cultura y la política se encontraba diariamente en los salones donde los que no se interesaban en los asuntos políticos, “conversaban sobre teatro, letras, música, etc.”.

La lectura de las últimas novelas que llegaban daba margen a conversaciones muy amenas, pasando revista a los autores de moda como Balzac, Víctor Hugo, Chateaubriand, George Sand, Lamartine, Musset, Theophile Gautier, Merimée, los Goncourt, Saint Beuve, Alfonse Karr, Alfonse Daudet y otros ya olvidados que suscitaban hondas discusiones. Se comentaban con calor los problemas que estas obras desarrollaban, la verdad y la vida de sus caracteres, los estudios del corazón humano que de ellos se desprendía, y la personalidad de los autores. Los poetas españoles nos fascinaban y devorábamos el “Canto a Teresa”, de Espronceda; las “Doloras”, de Campoamor; los “Poemas”, de Núñez de Arce; las imponderables estrofas de Gustavo Adolfo Bécquer, y cada cual tenía su favorito que defendía a rabiar. Entre nuestros poetas leíamos a Guillermo Blest Gana, que nos conmovía, a Eusebio Lillo y Guillermo Matta, que nos arrebatában, a veces, con su entonación patriótica (171 - 172).

Aun cuando, como recuerda Martina Barros, se hablaba también de los oradores sagrados de Francia y de la ópera y del teatro, los libros parecían ser el tema principal de las conversaciones. Esto nos lleva a conjeturar que la lectura, en una medida importante, se hacía para la conversación sobre la misma. Ésta no se restringía al espacio de sociabilidad del salón. Las conversaciones en las comidas y en otras ocasiones sociales extra salón, parecían prolongar los mismos temas de éstos. Así por ejemplo, Orrego Luco recuerda una comida con el actor español Rafael Calvo, donde se encontraban varias personas asiduas a distintos salones, como Martina Barros, Augusto Orrego y Ambrosio Montt. Sobre esta cena escribe Orrego:

Se mencionaron los nombres de Pérez Galdós, de Pereda, de Núñez de Arce, de Campoamor. Recitáronse estrofas del autor de las *Doloras* [...] Calvo ponderó *La vida es sueño* como la mayor y más alta creación dramática española y a Calderón como al mayor dramaturgo de todos los tiempos. Augusto ponderó a Shakespeare, como el más poderoso genio de todas las edades, mayor que Homero, Racine, Corneille, Dante o Cervantes Saavedra. Todas las opiniones se hallaban encontradas, cada cual mantenía la suya y quería ser original [...] Hubo

en aquella cena derroche de ingenio. Augusto, Juan Agustín Barriga, Robinet, todos parecían competir en anécdotas [...] Más tarde, Juan Agustín Barriga recitó algunas de sus poesías, que fueron celebradas largamente. Robinet, con el acento andaluz que le caracterizaba, repitió el soneto *A unos pies* de Abelardo López Ayala. El doctor Valderrama se puso de pie, a su turno, y con su aspecto grave y cierta voz de entonación sepulcral dijo una de sus poesías: *El burro*, pequeño poema cómico, muy ingenioso.... (38-39).

No sólo los temas de conversación, sino otras prácticas del salón, como la de declamar o la de competir en alardes algo pedantes de conocimiento e ingenio, se reproducían en otras ocasiones.

La institución misma del salón pudo haberse originado en las espontáneas reuniones de escritores e intelectuales y políticos. Orrego recuerda que durante su infancia “veía acudir a casa a innumerables escritores, entre los cuales recuerdo a Eugenio María Hostos, el célebre escritor portorriqueño, y Zambrana, cubano, que recorrían el continente en gira de propaganda a favor de la revolución para la independencia de Cuba. También estuvieron en casa el poeta colombiano Valdés, y Jorge Isaacs, el célebre autor de *María*, que vivió un tiempo en Valparaíso...” (29).

Con regularizar un poco estas visitas, poniéndoles un horario, asignándoles un día de la semana y alguien que dirigiera la conversación, ya se tenía un salón.

## EL ARTE DEL SALÓN

Aun cuando se describe al salón como un tipo de reunión sin muchas formalidades, tuvo ciertos protocolos, que no fueron ni homogéneos ni explícitamente formulados, y sobre todo una especie de conocimiento o arte que se aplicaba a su dirección y manejo. Así por ejemplo, Orrego Luco señala que Lucía Bulnes fue una de aquellas grandes señoras chilenas “que supieron tener un salón, es decir, una agrupación de espíritus selectos y de personalidades en torno suyo, como las marquesas del siglo XVIII en Francia...” (73). Este “saber” reunía un conocimiento y un arte que se adquirían de distintos modos. Orrego apunta que Lucía Bulnes viajó muy joven a Francia, donde las relaciones de su marido le granjearon “una situación excepcional” en la alta sociedad del Segundo Imperio. Este roce con los más encumbrados círculos europeos, unido a sus propias condiciones, le dieron “el don de sociabilidad extraordinaria” para manejar su salón:

Nadie supo, en igual forma, dirigir conversaciones, dar temas, insinuar ideas, hacer surgir, con varilla mágica, lo que otras inteligencias ocultaban o callaban; alentar planes, evocar mundos secretos que surgían luminosos de cerebros privilegiados. La condición especial de su espíritu era una curiosidad inquieta, evocadora, que conseguía revelar nuevas inteligencias a las que dirigía con

la habilidad de un director de orquesta para producir impresiones ignoradas en todos, haciendo brotar frases ingeniosas y conceptos profundos entre sus contertulios” (74).

Hernán Godoy destaca el papel que en el éxito de los salones tenían “la personalidad, cultura y aptitudes sociales de las damas que los dirigían” (144)

El “tener mundo” y dominar el arte de la conversación seguían siendo virtudes apreciadas en los salones del siglo XX. Alone describe así a Inés Echeverría, Iris:

Detrás de la escritora, más todavía, en su conversación, transparentábase la mujer que ha viajado, que ha visto mundos y establece comparaciones, destacando contrastes, exhibiendo analogías. Con ese acervo de observaciones universales, su perspicacia, su viveza mental, las incontables anécdotas que a través de varios continentes había recogido, Iris convertía la charla en una fiesta y su presencia cambiaba el aire de un salón, lo hacía vibrar con una vitalidad desconocida. Nunca olvidarán quienes tuvieron la suerte de tratarla en sus mejores años ciertas veladas únicas por el esplendor de su ingenio, la gracia elegante e incisiva y el rasgo profundamente oportuno de esa dama nuestra, evocadoras de las grandes figuras femeninas que han quedado en la crónica francesa del gran siglo (*Pretérito...* 164).

Eduardo Balmaceda Valdés anota que un párrafo de Melchor Almagro San Martín en el que comenta el salón de la marquesa de Esquilache, que dominaba la escena social del Madrid en tiempos de Alfonso XIII, bien podía aplicarse a la *salonière* nacional Dolores Echeverría Carvallo:

... una dueña de casa que preside un salón, no puede obrar a su antojo y capricho. Ha de ser esclava de sus horas, constante en la espera, ducha en el arte de agradar, maestra en jerarquías, pródiga en sus dineros, dúctil, flexible, paciente... (325).

El mismo Balmaceda dice de Emiliana Concha de Ossa –quien mantuvo hasta los ochenta años un salón, los días domingos a la hora de almuerzo– que pocas damas, como ella, supieron “armonizar con mayor talento y elegancia los grupos más variados del gran mundo santiaguino” (324).

Francisco Javier González menciona la tertulia que se reunió en torno a Eugenia Vicuña, esposa de Demetrio Rodríguez Peña. Afirma González de esta dama, lo que tal vez sea un tópico para caracterizar a las señoras que dirigían salones: que a su singular belleza unían dotes intelectuales también excepcionales, y esto les daba una influencia importante en determinados sectores sociales. A su salón concurrían especialmente hombres de letras extranjeros exiliados en Chile, como el boliviano Gabriel René Moreno, el ecuatoriano Pedro Moncayo, y el colombiano Arsenio Escobar (28).



## RECORRIDO POR LOS SALONES Y TERTULIAS INTELECTUALES DEL SIGLO XIX <sup>2</sup>

Hernán Godoy rastrea los antecedentes de los salones decimonónicos en un salón literario que en los últimos años de la colonia organizó Luisa Esterripa, esposa del gobernador Luis Muñoz de Guzmán. Éste se realizaba en el palacio de gobierno y entre sus contertulios se contó a las principales figuras de la Ilustración criolla como Juan Egaña, Manuel de Salas y José Antonio de Rojas.

La tradición fue seguida por el mismo Juan Egaña, quien junto a su hijo Mariano organizó la que debe ser la primera tertulia republicana en su casa en Peñalolén, donde se reúne nuevamente la ilustración chilena. El epistolario entre los dos Egaña da cuenta de los planes que éstos tenían para dotar a esa casa de libros, obras de arte e instrumentos científicos. Estos planes se realizaron en parte, cuando Mariano Egaña regresa de su misión diplomática en Londres. Entonces convoca en Peñalolén a un selecto grupo de contertulios como José Miguel de la Barra, Manuel Carballo y Andrés Bello (Godoy 138).

Importante fue también el salón de Mercedes Marín del Solar (1804 – 1866) quien recibió de sus padres, Gaspar Marín y Luisa Recabarren, una educación poco común entre las mujeres de su tiempo. Su salón, uno de los primeros de la época republicana, era frecuentado por Andrés Bello, Isidora Zegers y por el pintor bávaro Juan Mauricio Rugendas (Godoy 138).

Las principales figuras del movimiento intelectual de 1842 se reunían en el salón de Enriqueta Pinto Garmendía, esposa del presidente Manuel Bulnes. La hija de ambos, Lucía Bulnes de Vergara, presidiría posteriormente un salón en su casa de Monjitas 454. Este fue intergeneracional, los hijos de la anfitriona asistían con sus amigos. Su duración fue larga, estuvo abierto todos los lunes, desde las seis de la tarde, entre 1880 hasta 1930, cuando la anfitriona era ya más que octogenaria.

Luis Orrego Luco hace notar la importancia que tuvieron para la sociedad chilena de la época, Lucía Bulnes y su salón, al que describe como uno de los más interesantes que existió en el país (73).

Entre las tertulias que aparecen a mediados del siglo XIX se cuenta “La Picantería”, de carácter “político literario”. Fue abierta por los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui en la casa donde ambos vivían con sus familias, en la Alameda, en el salón revestido de papel rojo, con estantes repletos de libros. A ellas concurrían Eduardo y Augusto Matte, Eusebio Lillo y Alberto y Guillermo Blest Gana. En 1888, la generación siguiente resucitó esta tertulia, incluso con el mismo nombre.

---

<sup>2</sup> Un catastro bastante completo de las tertulias y salones del siglo XIX, se encuentra en los cuadros anexos al trabajo de Cristián Jara, aquí citado.

Los escritores conservadores que apoyaron al gobierno de Manuel Montt, formaron su propia tertulia, de la que nace en 1857 la *Revista de Ciencias y Letras*. Como apunta Hernán Godoy, también ocurrió el proceso en el sentido contrario, es decir, en torno a una publicación, el semanario *La Estrella*, que aparece entre 1867 y 1879, se formó un círculo de colaboradores que se reunían en el salón de Luz Covarrubias. Para Godoy, este salón estimuló el pensamiento y la producción literaria en la intelectualidad católica conservadora (Godoy 141). También, y como se verá más adelante, el llamado Círculo de los Amigos de las Letras se creó en torno al periódico *La Semana*, que habían fundado los hermanos Arteaga en 1858 (González 28).

La tertulia parece haber sido una práctica social que se extendió a sectores muy diversos. Así por ejemplo hubo tertulias eclesiásticas, como las de Ramón Astorga, Blas Cañas y Crescente Errázuriz, a las que concurrían también algunos seglares cercanos a la Iglesia.

Diego Barros Arana creó una tertulia principalmente para historiadores y políticos, en la que participaron también literatos como los hermanos Blest Gana. Cuando Barros asumió como rector del Instituto Nacional, fue relevado en la dirección de la tertulia por su esposa, Rosalía Izquierdo. A las reuniones asistía la joven sobrina del historiador, Martina Barros, quien posteriormente inauguró su propio salón, paralelo al de su esposo, el médico Augusto Orrego Luco. La misma Martina Barros comentaba que su marido “tomó el hábito de invitar, una vez por semana, a los diputados y políticos jóvenes, lo cual tuvo como consecuencia lógica el doblar mi tertulia literaria con otra esencialmente política” (Cit. Godoy 145-146).

La de Ambrosio Montt es también una de las tertulias recordadas por los memorialistas del siglo XIX. En ella participaron figuras intelectuales de estatura americana como Eugenio María Hostos. Allí Augusto Orrego Luco conoció a José Manuel Balmaceda y a otros hombres “que dejaron una huella profunda en la política y en las letras” (Godoy 141).

Luis Orrego Luco recuerda que su hermano Augusto “solía salir de su bohemia para comer en casa de don Ambrosio Montt (...) escritor y orador ilustre. Allí estaba en íntimo contacto con don José Victorino Lastarria, escritor a la sazón de fama americana, con don Domingo Santa María, y con muchas personalidades políticas y sociales de la época.” (29). Agrega: “...así pues, la primera atmósfera en que viviera mi hermano fue esencialmente literaria y política, formada por los más selectos espíritus de aquellos tiempos” (29).

Una de las tertulias más activas e importantes del siglo XIX fue la de Pedro Balmaceda Toro –hijo del presidente– que tuvo un papel relevante en la difusión del modernismo hispanoamericano y de la literatura francesa moderna en Chile. En ella participó el joven Rubén Darío junto a Luis Orrego Luco, Jorge y Roberto Hunneus, y Narciso Tondreau, entre otros. Según Orrego, fue en el salón de Pedro Balmaceda donde Darío conoció la poesía francesa moderna, que ignoraba por completo:

Le dimos a leer todos los escritores franceses modernos, le imbuimos de nuestra estética esencialmente modernista, pues éramos revolucionarios en arte. Gracias a nosotros comprendió los nuevos moldes y ensayó sus formas métricas. Superó inmensamente a los viejos poetas chilenos que nosotros pisoteábamos con desenfado, y a los grandes poetas españoles que el vulgo admiraba, como Zorrilla, Núñez de Arce, Arolas, Gustavo Adolfo Bécquer.

En reemplazo de esos dioses caídos, con nosotros conoció a Dante Gabriel Rossetti, Swinburne, Verlaine, Poe, Oscar Wilde... (98).

Orrego recuerda los biombos y cortinajes del salón de Pedrito, “y a él con su fisonomía pálida, reclinado sobre el sillón, con una novela de Goncourt entre las manos. Mientras Narciso Tondreau recitaba versos, Alberto Blest tocaba piano y Jorge Hunneus formulaba planes para transformar el país o disertaba sobre la libertad electoral, Alfredo Yrarrázabal lanzaba chistes picantes y todos reíamos, en esa época divina de la juventud...” (82).

En los recuerdos que Rubén Darío hace de Pedro Balmaceda, describe el gabinete de éste en el palacio de la Moneda: “En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la *Nouvelle Revue* y la *Revue de deux Mondes*...” (37).

Darío recuerda que iba con frecuencia al gabinete de Pedro Balmaceda:

...a leer, a ‘hacer onces’, en el día; a tomar el té en la noche, a soñar con hacer en París una vida de tertulias y conversaciones literarias:

¡Oh!, cuántas veces en aquel cuarto, en aquellas heladas noches, él y yo, los dos soñadores, unidos por un efecto razonado y hondo, nos entregábamos al mundo de nuestros castillos aéreos! ¡Iríamos a París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendès, le preguntaríamos a éste por qué se deja caer sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiríamos a Renán en la Sorbona y trataríamos de ser asiduos contertulios de madame Adam... (40).

Esta “incorregible tarea de soñar y divagar” como la describe el mismo Darío, a veces se prolongaba en paseos por el parque Cousiño (78).

Tanto los recuerdos de Orrego como los de Darío dan cuenta de una sociabilidad literaria permanente en casa de Pedro Balmaceda:

Algunas veces visitábale un joven a quien él estimaba mucho, que había sido su amigo desde la infancia. Era el hijo mayor del conde Fabio Sanminatelli; ilustrado, serio, afable, se hacía apreciar desde el primer momento (...) Los demás eran jóvenes de la Prensa, artistas, y, rara vez, uno que otro *muscadin* de los salones, con quienes él, flexible en su ingenio, conversaba también de modas, bailes y caballos (Darío 72).

Hubo también reuniones que funcionaron en librerías. Francisco Javier González indica que a partir de los años setenta del siglo XIX, la importación de libros europeos había alcanzado ya un volumen importante, y las librerías llegaron a ser lugares privilegiados para el funcionamiento de tertulias literarias: “Las trastiendas, antaño lugares empolvados y depósitos de libros, se convirtieron en gratos salones donde el librero y sus amigos, quizás acompañados de un buen jerez, comentaban las novedades que venían llegando en la última remesa procedente de París, vía Bordeaux – Valparaíso” (29).

Para González, la tertulia más importante de las que funcionaron en aquellas trastiendas, fue la de la librería del español Augusto Ferrand. La Academia de Bellas Letras, fundada en 1870 por Lastarria, solía celebrar también allí sus reuniones (29).

Desde 1891 la trastienda de la librería de Carlos Baldrich, ubicada en calle Huérfanos, también se convirtió en centro de reunión de escritores y críticos como el peruano Enrique Hurtado Arias, y Enrique Matta Vial y Ricardo Cabieses.

Entre las tertulias de fines del XIX y principios del XX se contaron una vanguardista y otra más bien conservadora: el cenáculo del joven Vicente Huidobro, en la casa paterna de Alameda con San Martín, y la que se reunía en la librería Miranda, con asistencia del crítico Emilio Vaisse, de José Toribio Medina, Francisco Antonio Encina y Armando Donoso.

Así, la práctica de las tertulias y los salones se extendió durante el siglo XIX a sectores muy diversos. Hubo reuniones de este tipo de cuño conservador, liberal, eclesíástico, laico, tradicionalista o con interés en la vanguardia literaria de la época.

## SOCIEDADES LITERARIAS

Hubo, además –como ya se indicó– sociedades literarias que se diferencian radicalmente de los salones y tertulias, y que en algunos casos generaron revistas de cierta importancia. José Victorino Lastarria fue uno de los entusiastas fundadores de este tipo de asociaciones. En 1839 forma una dedicada principalmente a los estudios literarios. Se incorporaron a ella Manuel Montt, Andrés Antonio de Gorbea, Antonio Varas y Antonio García Reyes.

Alamiro de Ávila afirma que en 1842 un grupo de estudiantes del Instituto Nacional formó “una sociedad literaria para hacer práctica de escribir en prosa y verso, criticarse y comentar lo que hacían” (22). Esta sociedad no sólo tenía una organización, con una presidencia – para la que fue elegido Lastarria– y otros cargos, pago de cuotas, etc., sino además, como advierte Subercaseaux, había una normatividad estricta que reglamentaba las sesiones hasta en aspectos protocolares, como por ejemplo, el lugar donde debían sentarse el fiscal y el director. Para Subercaseaux estos rasgos de solemnidad “revelan, por encima de lo anecdótico, una determinada conciencia histórica, conciencia de pertenecer a una generación predestinada, decisiva, a una generación

adánica que en una fase de nuevo ecumenismo se siente llamada a participar en las vicisitudes creadoras de la historia” (50).

Ávila Martel anota que en ese mismo año de 1842, “a instancias de Andrés Bello, otro grupo de jóvenes, entre los que se contaban sus hijos, fundó y costó la publicación de *El Semanario* de Santiago, que es un hito importante en el movimiento literario chileno”. Lastarria colaboró con esta revista. En sus memorias –afirma Ávila– Lastarria pretendió vincular *El Semanario* con la Sociedad Literaria, afirmando que él fue el motor de todo. Sin embargo, para Ávila, la documentación disponible, reduce su participación sólo a la presidencia de la Sociedad (23).

El mismo autor indica que sí son “obra verdaderamente valiosa de Lastarria”, la creación del Círculo de Amigos de las Letras y de la Academia de Bellas Letras. El primero se instala en agosto de 1859. Se le llamaba también “la tertulia de Lastarria”, tal vez porque con frecuencia las reuniones se hacían en su casa. Encontramos aquí, nuevamente, esta tendencia a indiferenciar dos tipos de reuniones que eran distintas. Ávila anota que el Círculo reunió “a la casi totalidad de los hombres cultos del tiempo, pues fueron excluidos de sus debates los asuntos políticos y religiosos”. Tuvo como órgano de prensa a la importante revista de los hermanos Arteaga Alemparte, *La Semana*, y convocó a certámenes literarios, manteniendo “una actividad intensa hasta 1864. Más tarde, en 1869, tuvo un segundo período, efímero, y con otro carácter, centrado en la discusión política (24).

Al referirse a las Sociedades Literarias, Catalán afirma que se podría hablar de un verdadero partido político-literario, con una base doctrinaria, programática y orgánica, por momentos altamente desarrollada. (99). En torno a estas sociedades aparecen publicaciones, se promueven concursos y se desarrollan polémicas a través de diversos canales de comunicación. Las mismas se comprometen en un combate incesante, orientado a ganar posiciones dentro de la institucionalidad político-cultural. Para Catalán todos estos hechos son testimonios convincentes “no sólo de su dinamismo, sino también del espíritu de partido que los anima. Más destacable aún es, en el plano de su discurso, el diagnóstico crítico y el carácter de las reformas programáticas que sustentan en relación al quehacer cultural y en especial a la actividad literaria nacional...” (99).

Las sociedades literarias se diferencian, por esto, de los salones y tertulias que tenían un carácter informal, a veces espontáneo y hasta cierta “porosidad” o laxitud de límites.

El Ateneo de Santiago funcionó, en su primera época, como una sección del Club del Progreso, entre cuyos fundadores se contaba a Francisco Bilbao. Samuel Lillo califica al Ateneo y al Club como “las dos corporaciones que encabezaron el movimiento literario que se inició en Chile después de la Guerra del Pacífico” (117).

El Ateneo era también una institución con formalidades. Sus sesiones se celebraban una vez por semana, entre 9 y 10 de la noche, y para participar en ellas era necesario

haber sido admitido como socio. Las materias que se trataban eran variadas. Había desde recitaciones y lecturas hasta debates, algunos bastante encendidos. Se exponían y discutían temas de vanguardia, lo que indica una apertura hacia la modernización de la sociedad y del pensamiento. Lillo recuerda que Arturo Alessandri, siendo estudiante de Derecho, ejerció como prosecretario del Ateneo e inició en éste “los primeros estudios feministas y discusiones sobre el determinismo” (119). Preparó para una sesión, un trabajo en el que exponía las nuevas teorías criminalísticas de César Lombroso, que desató una polémica en la que si bien no hubo vencedor ni vencido, fue en sí misma un triunfo ya que logró despertar “en el Ateneo y entre los estudiantes, el entusiasmo por el estudio y la discusión de nuevas teorías...” (120).

El Ateneo tuvo una segunda época a la que nos referimos más adelante.

## LOS CAMBIOS DEL SIGLO XX

Gonzalo Catalán postula que el proceso de desmoronamiento y recomposición de las hegemonías políticas y culturales que se produce a fines del siglo XIX, tiene un efecto notable en el campo literario. Éste trasmuta su estructura emergiendo “como un territorio autónomo y moderno dentro del espacio cultural chileno” (91). Esta autonomía se da en dos dimensiones. Por un lado la literatura rompe su dependencia directa con el dominio de lo político y por otra adquiere un carácter más especializado frente a otras manifestaciones simbólicas.

Catalán, citando a Domingo Melfi, señala que hacia 1885 el diario *La Época* encarnó el espíritu renovador en la formación literaria del público lector (105). Junto a colaboradores de la vieja guardia literaria, *La Época* convocó a una serie de escritores y poetas, entre los que se contaba a Luis Orrego Luco, Pedro Balmaceda y Rubén Darío. Para Catalán esta fue “la primera promoción donde es posible apreciar elementos de ruptura con el pasado literario inmediato” y en la que se reúne “una sensibilidad definitivamente moderna y esteticista hacia las letras” (106).

Los intereses por la literatura contemporánea que tenía este grupo se transmiten al diario, en cuyas páginas los folletines se encuentran con relatos de Maupassant, Daudet, Anatole France, Pérez Galdós, y con los ensayos de José Martí, Menéndez Pelayo y Emilio Castelar. En forma sistemática se incluyen artículos sobre literatura inglesa, francesa e italiana, y se informa sobre lo que está ocurriendo en el mundo de las artes en Europa. Este modelo se reprodujo en otros periódicos.

Junto a esta ampliación de los contenidos de lectura se expandió la cantidad de lectores con la incorporación de un público letrado procedente de los sectores medios.

Domingo Melfi registra el cambio de sensibilidad que empieza a producirse en los lectores chilenos finiseculares, y el contraste que éstos advertían entre las obras de Zola, Gorki o Dostoyewski con “las novelas que habían formado el gusto refinado de la época, con las narraciones estetizantes de los decadentes, en las cuales hombres y

mujeres bien instalados en la vida, lloraban las penurias artificiales de amor o languidecían de tisis entre almohadones de plumas y muebles mullidos y acogedores.” (73).

Entre 1890 y 1920, se produce una notable expansión tanto en los recursos físicos para la producción de los bienes literarios, como en la oferta de éstos. Asimismo, en la última década del siglo XIX comienza a producirse la emergencia de una cantidad creciente de escritores pertenecientes a grupos sociales distintos y casi siempre distantes de las clases dirigentes de las que procedía la mayor parte de los intelectuales del XIX. Muchos de estos jóvenes venían de la clase media de provincia y en Santiago encuentran una nueva situación que favorece sus aspiraciones a convertirse en profesionales de la literatura. Parte de esta situación nueva fue la proliferación de periódicos con algún carácter literario o el redescubrimiento por los diarios y revistas de la literatura como un componente ineludible de la actualidad.

La emergencia de los escritores de clase media vino a reforzar el carácter propiamente literario de las tertulias y a desdibujar el estilo refinado de éstas, no así su tono exclusivo. Algunos escritores trataron de proyectar la aristocracia del talento frente a la aristocracia de la sangre. Esto los llevó a adoptar un tono de superioridad y distinción, en tanto otros encontraron en los salones un trampolín para el ascenso literario.

## SALONES EN EL SIGLO XX

Al iniciarse el siglo XX las tertulias proliferan. Entre las más importantes están las de Inés Echeverría, Iris, y Mariana Cox Stuyen, Shade.

En la década de 1920, en casa de Luis Arrieta Cañas, en Peñalolén, se realizó una activa tertulia literaria, en el mismo sitio donde a principios de la era republicana Juan y Mariano Egaña habían abierto un salón que convocó a las principales figuras de la ilustración. Alone recuerda esas reuniones:

Entre los muchos y ‘claros varones’ que, veinticinco o treinta años atrás, subían cada domingo hasta los ‘boscajes apacibles de la Ermita’, cantados por Bello, a compartir en las grandes casas de Peñalolén la mesa opulenta y la conversación erudita de don Luis Arrieta Cañas, aunque había poetas de primera fila como Pedro Prado, sabios como Charlín Correa, sociólogos y publicistas ilustres como don Valentín Brandau y maestros de alto renombre en las letras como Eduardo Solar, sólo uno merecía el título de perfecto humanista: don Ricardo Dávila (*Pretérito...* 186).

En otro de sus artículos, Alone entrega alguna información sobre cómo era esta tertulia:

Durante una época inolvidable, con un grupo de amigos de aficiones parecidas, subíamos los domingos hasta las alturas de Peñalolén a pasar el día en aquel parque histórico que nos brindaba la hospitalidad de don Luis Arrieta Cañas. Él,

don Ricardo Dávila (...) y don Valentín (Brandau) formaban la Santísima Trinidad del liberalismo puro. Ahí no discrepaban. Pero cuando los gustos literarios no iban acordes, y como don Ricardo Dávila era, también, hombre extremado, de vivas pasiones, había que oír sus divergencias y cómo delante de los contertulios, espectadores, se encrespaba la competencia de los superlativos alzados como las olas en las rompientes oceánicas” (*Pretérito...* 194).

Algunas anotaciones del *Diario íntimo* de Alone, revelan que estas tertulias se prolongaban por todo el día, y además del diálogo, incluían caminatas por los campos aledaños, lecturas y hasta siestas. Así, el 13 de noviembre de 1929, Alone escribe: “Domingo luminoso y lleno de gente en Peñalolén [...] Agradable: las conversaciones de siempre sobre Ortega. Los pinos, la siesta; prólogo de Waldo Frank, al anochecer, una admirable medialuna tibia en el bosque, entre las estatuas blancas”<sup>3</sup> (123).

Cristián Jara señala que el salón de Dolores Echeverría “fue uno de los de más larga vida”, en el siglo XX. Se inició en la década del 30 y perduró hasta la muerte de su creadora, hacia 1970. Participaron en él Alone, Osvaldo Vicuña Luco y Edmundo Concha (194).

El salón de Nina Anguita –al que concurren Augusto D’Halmar, María Luisa Bombal, Carlos León, Gabriela Mistral, Pedro Prado y Alone– comienza en Santiago y luego se traslada a Viña del Mar, hacia 1940, y allí perdura, también hasta 1970.

En sus recuerdos Alone contrasta el ajetreo y el bullicio del verano viñamarino, con el remanso del salón de Matilde Brandau, a la que describe como “lectora infatigable, de gusto selecto”, que se mantenía al tanto de todas las novedades literarias y filosóficas” y que compartía su afición por las letras con un grupo selecto de amistades. Entre éstas se contaba a “habitantes de la ciudad de los libros”, poseedores de magníficas bibliotecas, como Valentín Brandau y especialmente, el certero erudito Osvaldo Vicuña. Sobre su conversación, Alone escribió: “Las letras de Francia y España pasaban así en revista las de éste y otros siglos, analizadas, comparadas, y, para componer un libro de primer orden, no habría necesitado, con frecuencia un cronista sino escucharle y tener buena memoria” (*Pretérito* 250).

Este salón cercado por “la vida circundante, agitada y frívola, propia del balneario, con sus torrentes de carruajes (...) y el eco de las jugadas del Casino”, tiene algo ya de crepuscular. La “ciudad del libro” aparece cada vez más acorralada por la otra ciudad (*Pretérito...* 250).

---

<sup>3</sup> Alone (Hernán Díaz Arrieta). *Diario íntimo (1917 - 1947)*. Edición y notas de Fernando Bravo Valdivieso. Ed. Zig Zag, Santiago, 2001, p. 123.



## ACADEMIAS LITERARIAS

Las academias literarias siempre funcionaron bajo el alero de alguna institución, que seleccionaba entre sus integrantes a quienes tenían vocación por las letras. Estaban dirigidas principalmente a la creación, pero inevitablemente se relacionaban también con la lectura y el examen crítico de la literatura.

En los recuerdos que hace Samuel Lillo de varias academias a fines del siglo XIX y comienzos del XX, llama la atención la diversidad de ellas. Las había de colegios, como la del Liceo de Concepción y la del Instituto Nacional, que existe hasta hoy día. Hubo incluso una academia literaria en la Escuela Militar. Samuel Lillo comenta que entró a este establecimiento como profesor de castellano, en enero de 1900. Entonces se había ampliado la biblioteca con clásicos de la literatura y él mismo consiguió que la Dirección de la Escuela autorizara a los cadetes que tuvieran interés, para asistir a las sesiones del Ateneo de Santiago. El entusiasmo que éste produjo en algunos de ellos los llevó a proponer la fundación de una academia literaria y científica, propuesta que Lillo llevó al director, a la sazón el comandante Schönmeier, quien la autorizó. La Academia encontró algunas dificultades materiales, y otras derivadas de un ambiente poco propicio para esta iniciativa. Incluso los cadetes de la primera compañía, que eran los mayores, para poner un contrapeso a la academia fundaron un circo. Pero finalmente la Academia se inauguró en una sesión pública en el salón de honor de la Escuela, el lunes 26 de julio de 1909. Funcionó durante varios años. Publicó una revista, *Adelante*, sesionaba mensualmente y creó una escuela primaria para el personal subalterno (351-357).

Entre 1933 y 34, invitado por Fidel Araneda Bravo, entonces alumno de los años superiores del Seminario de Santiago, Lillo recuerda haber visitado la Academia Literaria de esa institución, fundada por el rector Joaquín Larraín Gandarillas, en 1860, y cuyo primer presidente fue Mariano Casanova. De ella, según Lillo, salieron las más distinguidas figuras intelectuales del clero chileno (361-362).

Hay academias literarias que han tenido resultados excepcionales en la formación de escritores y críticos. Es muy recordada la del Joven Laurel, que nace en los años 50 del siglo XX, en el colegio Saint George. La presidía Roque Esteban Scarpa. Cristián Huneeus tiene una visión bastante crítica de ella: “En cuanto al Joven Laurel, representaba para mí algo que tenía poco que ver con lo que yo intuía como literatura. Con sus idealizaciones, con su culto al espíritu, hoy lo definiría como una encarnación póstuma de las prédicas de Próspero, el pulimentado maestro del 900 de *Ariel* de José Enrique Rodó”. (53).

Esto no le impidió, años más tarde, cuando estudiaba arquitectura, incorporarse a la Academia de ex alumnos, que era la continuadora del Joven Laurel, también dirigida por Scarpa. Ahí se reencontró con “viejos conocidos de pasillos, recreos y colas ante el kiosco de los cuchufliés, como Carlos Ruiz Tagle, Armando Uribe Arce, Lucho Vargas Saavedra, los hermanos Ibáñez Langlois, Antonio Avaria” (53).

## ATENEOS EN EL SIGLO XX

El Ateneo de Santiago tuvo un carácter más formal y académico que los salones y tertulias, y recibió a un público más amplio y heterogéneo que el de éstos. Su segunda época se inicia en 1899 bajo la dirección del poeta Samuel Lillo. Rápidamente, éste se convirtió en sitio habitual de recitales, conferencias y concursos.

Lillo recuerda que de una reunión de un grupo de jóvenes en la imprenta del diario *La Tarde*, en abril de 1899, salió el acuerdo de trabajar para la formación de un nuevo Ateneo, para lo cual se pidió el apoyo de los principales miembros del antiguo. El acta fundacional fue firmada en la sesión preparatoria del 1° de mayo de ese año. En ésta se establecía que el propósito de la institución era “el cultivo de las ciencias y las bellas letras”, que no habría “ideas exclusivistas, sino un ancho campo para todas las opiniones”, y que se excluían “las cuestiones políticas militantes y las religiosas” (153-154).

La sesión inaugural se celebró el 8 de mayo de 1899. Lillo señala que el entusiasmo que produjeron las primeras veladas era tan grande, que cuando se demoraban en abrir la reja de acceso al local donde se celebraban las sesiones, “la gente se arremolinaba en la calle” y los estudiantes trepaban por la verja y se dejaban caer al interior” (157).

Afirma Lillo que “el Ateneo fue la primera corporación literaria que tuvo asistencia femenina constante en sus sesiones de trabajo. El antiguo Ateneo también había invitado a señoras, pero sólo en dos o tres ocasiones memorables” (158). La primera mujer que ocupó la tribuna fue Matilde Brandau con un trabajo sobre la instrucción femenina.

El Ateneo también ofreció cenas a personajes ilustres. Es lo que hace cuando regresa Gabriela Mistral desde México. En sus Memorias, Inés Echeverría, Iris, anota:

En la noche se ofrece a Gabriela Mistral una cena en el Ateneo. Nuestros músicos tocan trozos escogidos. Samuel Lillo declama una bella composición en su honor. Se le pide que hable, que refiera impresiones. Gabriela responde que está cansada, pero le concede a Iris el derecho de interrogarla. Ésta le pide que hable del ministro José Vasconcelos, de su labor educativa y cultural, y de la revolución mexicana, temas en los que la poeta hace unas cuantas observaciones certeras (512 -513).

El Ateneo santiaguino se reprodujo en Valparaíso, San Felipe, Rancagua, San Bernardo, La Serena, Temuco y otras ciudades.

Existió también un Ateneo Obrero, que se inauguró el 17 de septiembre de 1899. Raúl Silva Castro indica que la instalación de este Ateneo le trajo a Pezoa Véliz un importante ascenso en su carrera. El poema “El hijo del pueblo”, que recitó en una de las sesiones, fue publicado en el diario radical *La Ley*: “Era la primera vez, según

parece de nuestras investigaciones, que se insertaba algo suyo en un diario grande, de enorme popularidad...” (34).

Aunque la vida del Ateneo Obrero fue breve –entre otras cosas porque duplicaba las acciones del Ateneo de Santiago–, llama la atención el entusiasmo de su impulso inicial, la presencia que tuvo en él la discusión sobre los temas del socialismo y el feminismo y la adhesión a la visión progresista sobre estos temas, de un militar de alta graduación, como el general Estanislao del Canto, veterano de la Guerra del Pacífico y decidido partidario del bando congressista, que derrocó a Balmaceda en 1891.

## CÍRCULOS Y CLUBES DE LECTURA

Manuel Vicuña describe otras experiencias asociativas en torno al libro que fueron importantes, como los Círculos de Lectura, creados en 1915 por iniciativa de Amanda Labarca. Esta fue “la primera asociación femenina secular fundada en el siglo XX por mujeres de clase alta y media, a fin de propender al adelantamiento de la condición de las mujeres en la sociedad chilena de ese tiempo” (131).

Alone habla de las actividades del Club, donde “el estudio y las fiestas se mezclaban”: “conferencias periódicas y cursos a que asistían extranjeros ilustres, en un ambiente mundano e intelectual” que fue para su presidenta, Delia Matte, “una extensión de sus salones” (*Pretérito...* 129).

El Club recibía visitas importantes. Iris recuerda que en él se encontró, en junio de 1925, con “un ser extraño, único, que ha roto la nivelación de la moda, que se ha quitado la librea del lacayismo social: don Vicente Blasco” (538).

Hernán Godoy atribuye la decadencia gradual de los salones a factores como la merma progresiva del interés de la antigua elite social por la cultura, y su desplazamiento hacia la política y los negocios. Esto la hizo perder su liderazgo literario y artístico, que asumieron los sectores medios, lo que generó el surgimiento de nuevas formas de institucionalización en torno a la intelectualidad mesocrática: “Surgieron nuevos grupos de escritores y artistas, como Los Diez, la Colonia Tolstoiana, la Sociedad Bach, y un largo etcétera, cada uno de los cuales tuvo su propio órgano de difusión y cuyos miembros establecieron, mediante estas organizaciones, la función sociológica de comunicación personal que otrora cumplieran los salones y las tertulias” (151).

Tanto los salones y tertulias como estas nuevas formas de institucionalización de la vida cultural cumplieron –según Godoy– una misión importante en el estímulo de la producción literaria. De 250 escritores chilenos encuestados por este investigador, más de la mitad dijo haber frecuentado algún grupo literario antes de publicar su primer libro:

Aparte de las academias literarias del colegio o de la universidad en que estudiaban, los escritores encuestados mencionan las tertulias literarias de librerías como Nascimento y El Árbol; cenáculos en torno a figuras importantes de las letras, como

Pablo Neruda, Jaime Eyzaguirre, Benjamín Morgado. Por último, habían frecuentado peñas literarias en los cafés El Bosco, Jamaica, Iris y otros (Godoy 150).

Angélica Muñoz apunta que los mismos asistentes a los salones solían reunirse también, de modo más informal, en algunas librerías como Zamorano y Caperán, Nascimento y en la Librería Francesa (250).

## LECTURAS Y CONVERSACIONES LITERARIAS

Los testimonios de los contertulios de los salones de los siglos XIX y XX aportan una interesante información sobre conversaciones literarias, contenidos y prácticas de lectura y sobre el lugar que la cultura literaria tenía en la sociedad.

Sobre la base de testimonios de los concurrentes al salón de Dolores Echeverría, extraídos de entrevistas a Hernán Díaz Arrieta y a Edmundo Concha, y del epistolario de Osvaldo Vicuña, que cubren un período que va desde 1930 a 1970, Cristián Jara extrae algunas conclusiones sobre las lecturas que se comentaban en los salones chilenos. Había preferencia, en general, por la literatura contemporánea, y dentro de ésta por la francesa. Entre los autores que se mencionan están Flaubert, Zola, Maupassant, Anatole France, Paul Verlaine, Arthur Rimbaud, Pierre Loti, Henry Bordeaux, Paul Bourget, Leon Bloy, Marcel Prévost, André Gide, Paul Valery y Marcel Proust (193).

Al comentar la significación histórica de tertulias y salones, Angélica Muñoz indica que éstos contribuyeron a la formación de criterios para valorizar la cultura y los sucesos de la vida cotidiana. Asimismo, tuvieron una irradiación importante, más allá de los contertulios, proyectándose hacia las conversaciones que éstos tenían en sus grupos de amigos, familias, clubes y partidos políticos. Por último, fueron antecedente para otras formas de sociabilidad e interacción cultural, como los Institutos y Casas de la Cultura, los talleres literarios, las academias y otros espacios donde surgieron pequeños grupos afines que habrían prolongado, sin proponérselo, el papel que en otro tiempo cumplieron estos salones y tertulias (253).

Esta irradiación del salón hacia las conversaciones que los contertulios tenían en otros círculos indica la porosidad de aquella institución, a la que ya hicimos alusión.

Los salones de los siglos XIX y XX, parecen haber sido una ocasión para conversar de literatura, entre otras que tenían los contertulios. Así por ejemplo, en su *Diario íntimo*, el sábado 27 de octubre de 1917, Alone escribía:

Por la mañana, conversación con Sara Hübner, en su casa [...] Me leyó algunas páginas de su diario, bellas, un poco en el aire [...] Noche intranquila: ¿Cómo estaría afuera la luna? ¡Oh! salir con alguien por un campo, entre árboles, y conversar esas largas conversaciones filosóficas y religiosas en que lo que decimos nos sorprende casi tanto como lo que escuchamos” (*Diario...* 22-23).

Más tarde, el lunes 26 de noviembre de 1917, anotaba:

De noche, donde Alfonso Bulnes: tenía sed de conversación intelectual. Hablamos! Estaba Raquel Aldunate; la fuimos a dejar a pie a su casa. Un poco agresiva y muy buenamoza (... ) Regresamos con Alfonso por la Alameda y reposamos en Brasil: después de mucho discutir filosofía y moral, llegamos, de acuerdo, a la conclusión de siempre: nada se sabe, nada se puede afirmar (*Diario...43*).

Esta “sed de conversación” se mantiene en el tiempo, porque muchos años después, el 13 de agosto de 1929, Alone escribía:

Ayer estuve muriéndome del estómago; pero fui a comer donde Alfonso; con su madre, Alejandro Vicuña, un señor Krumm. Todos inteligentes. ¡Qué gran descanso! No hay como la vida del cerebro: allí se siente uno entero y lo menos efímero posible [...] Schumann y Haydn en la electrola: el último pastoril, lleno de ingenuidad primitiva, de alegría estimulante (*Diario... 105*).

La conversación, para que fuera interesante, requería de una preparación que al menos en el caso de Alone, llega a convertirse en una de las aspiraciones importantes de la vida. Este crítico ansía la jubilación para poder, al fin, “leer en paz”. Ya que no ha conseguido vivir de la literatura, la jubilación le permitirá vivir para la literatura. El 12 de junio de 1930 escribe en su diario:

No más oficina: libros, paseos solitarios, reflexiones, charlas, conferencias, largos estudios de una sola cosa, hasta poseerla profusamente y hablar bien de ella (...) He ahí el objeto. Poder sumergirme en el conocimiento y en las ideas generales, embriagarme con las imágenes y las palabras bellas para, después, transmitir ese estado de elevación y deleite, mejorar a los demás mediante la sensación y goce de la belleza, unirme a ellos, ser más grande y más fuerte con la unión, dar y recibir, vibrar en un océano de espíritus afines y concordes (*Diario 132*).

Esta vibración con otros espíritus afines es lo que parecen buscar los contertulios tanto en los salones como en otras ocasiones de encuentro y diálogo.

Gonzalo Catalán habla también de “la plática literaria” que desde la sala de redacción de los diarios y revistas “se prolongaba hacia los teatros, las bibliotecas, las residencias de los hombres prominentes, los cafés, las librerías e incluso la calle misma” (126).

Hacia 1940, recordando el tiempo de su juventud, Martina Barros dice: “...la vida social se hacía en condiciones muy distintas de las que hoy imperan. Todo ha cambiado notablemente en beneficio de las comodidades, de las distracciones y hasta del trabajo que es hoy, sin duda, más activo; pero la sociabilidad, en el sentido del contacto mutuo que produce la conversación, casi podría decirse que ha desaparecido.” (167-168). Este cambio en las formas de las relaciones sociales podría vincularse con la decadencia del salón.

Una práctica en la que se desarrolla el mismo gusto por la conversación que imperaba en los salones, fue la visita a un personaje de gran categoría intelectual. Alone recuerda algunas de estas visitas:

[...] la calle en que vive Omer Emeth es terrible, allende el Cementerio Católico, de casitas pobres, bajas y parejas, atrozmente banales. No hay monotonía semejante en la ciudad. ¡Y sus habitaciones! Bajas, cal blanca, estrechez de celda sin ascetismo. Nada que mirar con agrado, con reposo. Infinidad de casitas pequeñas, ordinarias. Si no fuera por la profusión de libros habría para morirse. Y él ¡tan interesante, tan original, tan viviente! Siempre uno sale con más vida y con algún conocimiento nuevo, útil, hermoso de su conversación. Y el hombre más sencillo, más veraz, más espontáneo del mundo [...] (*Diario* 107).

El mismo Alone dejó anotadas las impresiones que le ocasionaban sus visitas al historiador Francisco Antonio Encina:

El deslumbramiento de nuestras conversaciones no se agotaba para mí (...) No negaré que a menudo solía dejar su casa en estado de agotamiento. Había llegado poco después de comida. Era más de la una. Durante varias horas había recibido sobre mí ese torrente al que no se podía uno sustraer, porque todo era interesante, apasionante, sorprendente, fascinador... (*Pretérito...* 213).

El *Diario íntimo* de Alone aporta algunos datos que es difícil encontrar en otros memorialistas, sobre la circulación de libros entre los participantes en tertulias y salones. El jueves 25 de octubre de 1917, Díaz Arrieta escribe: “Le pedí Lemaitre al cojo Molinare para llevárselo a Inés Echeverría y que leyera el estudio sobre Maupassant” (21). Se refiere Alone al libro *Los contemporáneos*, de Jules Lemaitre. El sábado 17 de noviembre del mismo año, Alone anota que le envió a su hermana Virginia un Cervantes (38), y el miércoles 8 de enero de 1919, apunta que fue donde Eduardo Barrios a contarle que Gabriela Mistral estaba enferma en Punta Arenas, y que la mujer de Barrios, que salió a recibirlo en bata morada, “aún no desocupaba *Juan Cristóbal*” (84).

Alude también Alone a otra práctica interesante: la lectura a dúo. El sábado 26 de octubre de 1919 apunta: “En la tarde con Ricardo Guerrero al San Cristóbal; por el camino leímos algo de Menéndez Pelayo, ameno: ¡oh! ¡Juan Pablo Richter, extraordinario!” (*Diario* 87).

Tiempo después, el miércoles 18 de mayo de 1920, escribe: “Ateneo de Invierno con R.G. (Ricardo Guerrero). ¡Imbécil Gil Blas! Lo dejamos por bajo; monótono, sin vida, sin arte, sin elevación, sin alma, sin sentimiento, sin nada. Con fama solamente. Y leímos Dostoievsky. ¡Ah! la literatura moderna es deliciosa” (*Diario* 88).

Las dos veces que Alone alude a estas “lecturas a dúo”, indica que las hace con la misma compañía, Ricardo Guerrero. Tal vez se requería cierta afinidad especial para esta práctica. En los años 30, cuando se encontraba en España, Neruda formó una de

estas comunidades de lectura mínima con Vicente Aleixandre: "...leemos largamente a Pedro Espinosa, Soto de Rojas, Villamediana. Buscábamos en ellos los elementos mágicos y materiales que hacen de la poesía española en una época cortesana, una corriente persistente y vital de claridad y misterio." (75).

Las "residencias" fueron otra práctica que daba lugar a encuentros y conversaciones literarias. Ya hablamos de Eugenia Huici Errázuriz, quien ofrecía sus casas de París y Biarritz a poetas, pintores y músicos. En el ámbito nacional María Inés Balmaceda del Río, conocida como Momo, abría las puertas de su casa en San Juan de Lo Gallardo a escritores para que se dedicaran al trabajo creativo.

## CONCLUSIONES

Salones y tertulias experimentan cambios decisivos, junto a las transformaciones culturales y sociales de comienzos del siglo XX. Por un lado cobran un carácter eminentemente literario, a diferencia del político literario que tuvieron durante el siglo XIX, y por otra se mesocratizan, sin por eso perder su condición exclusiva y excluyente, ya que la aristocracia de clase va siendo desplazada por la del intelecto, el conocimiento y el talento, que además, pasan a ser factores importantes del ascenso social.

Con los grandes conflictos que aparecen en la escena mundial a mediados de la década del 30, y con el ascenso del fascismo que se apodera de Europa, se produce una repolitización de las asociaciones culturales. Así, por ejemplo, el 7 de noviembre de 1937 se funda la Alianza de Intelectuales de Chile para la Defensa de la Cultura, de explícita inspiración antifascista. En los sectores de izquierda, principalmente, el compromiso político del intelectual pasa a considerarse como un imperativo ético.

Por otra parte, llama la atención no sólo la proliferación de las asociaciones para el debate y la conversación, en el siglo que va entre la segunda mitad del XIX y la primera del XX, sino también su diversidad. Hubo salones, tertulias, sociedades, ateneos, espontáneos y formales, de larga y de corta vida y de muy distintos cuños ideológicos, desde liberales, progresistas y laicos, hasta conservadores y clericales. Por esto no pueden hacerse aseveraciones generales, en cuanto a que, por ejemplo, los salones habrían contribuido a formar una mentalidad abierta al mundo moderno, o colaborado con la educación de las mujeres de la elite social. Algunos pueden haberlo hecho y otros no. En algunos se generaron conversaciones transgresoras o disenso con el orden tradicional y en otros se tendía más bien a reproducir ese orden, aunque sólo fuera por la evocación nostálgica de su propio pasado.

Parece haber consenso en cuanto a que la palabra escrita y hablada era la razón de ser no sólo de los salones y tertulias, sino también de otras instituciones como los Ateneos, donde la oratoria, la lectura, la declamación o la conferencia, solía resolverse en las réplicas y contrarréplicas de la concurrencia. La palabra hablada remitía a la escrita, la materia del diálogo era la lectura, por lo que la decadencia de los salones,

tertulias y sociedades literarias tal vez se relacione no tanto con la pérdida del gusto por la conversación —como lo afirmaba Martina Barros— sino por la aparición de otros temas de diálogo: el cine, la televisión, los deportes, menos excluyentes del conversador profano, y que no requieren de la preparación que necesitaba la conversación literaria.

Hay muchos procesos culturales que necesariamente se manifestaron en las sociedades literarias. Por ejemplo, el paso de la afición por una narrativa “de confitería” como la llama Melfi, por lo artificial de sus personajes y conflictos, al interés por la novela que muestra o intenta dar cuenta de la realidad social y humana. Otro tránsito interesante es el que advierte Angélica Muñoz, desde la francofilia literaria al hispanismo (250).

La decadencia de las asociaciones para la conversación literaria, puede ser también resultado de una progresiva formalización de las mismas, cuya culminación serían los programas académicos de literatura, que llevan a una creciente especialización del diálogo en torno de las letras, que pasa a realizarse en congresos y simposios.

En todo caso, la historia de la sociabilidad literaria, remite inevitablemente a un momento de nuestra historia cultural, donde la palabra escrita y hablada tuvo un protagonismo decisivo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alone (Hernán Díaz Arrieta). *Diario íntimo (1917 - 1947)*. Edición y notas de Fernando Bravo Valdivieso. Santiago: Zig Zag, 2001.
- . *Pretérito imperfecto, Memorias de un crítico literario*. Selección y prólogo de Alfonso Calderón. Santiago: Nascimento, 1976.
- Ávila Martel, Alamiro. “Semblanza de José Victorino Lastarria”. *Estudios sobre José Victorino Lastarria*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1988.
- Balmaceda Valdés, Eduardo. *Un mundo que se fue*. Santiago: Andrés Bello, 1969.
- Barros, Martina, *Recuerdos de mi vida*. Santiago: Editorial Orbe, 1942.
- Canseco-Jerez, Alejandro. *La vanguardia chilena. Santiago-París*: París: ACJB Editions, 2001.
- Catalán, Gonzalo. “Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920”. *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*. Eds. José Joaquín Brunner y Gonzalo Catalán. Santiago: Flacso, 1985.
- Darío, Rubén, A. *de Gilbert. Biografía de Pedro Balmaceda*. Obras completas ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo y Andrés González Blanco. Volumen VI, Madrid: Biblioteca de Rubén Darío, 1924.
- Godoy Urzúa, Hernán. “Salones literarios y tertulias intelectuales en Chile, trayectoria y significación sociológica”, *Formas de Sociabilidad en Chile 1840 – 1940*. Santiago: Fundación Mario Góngora, 1992.



- González Errázuriz, Francisco Javier. *Aquellos años franceses. 1870 – 1900, Chile en la huella de París*. Santiago: Taurus, 2003.
- Echeverría Bello, Inés. *Memorias de Iris 1899 – 1925*. Santiago: Aguilar, 2005.
- Huneus, Cristián. *Autobiografía por encargo*. Santiago: Aguilar, 2005.
- Jara, Cristián. “Los salones literarios en su vida interna. Paralelo entre la experiencia chilena y la francesa”. *Formas de sociabilidad en Chile, 1840 – 1940*. Santiago: Fundación Mario Góngora, 1992.
- Lillo, Samuel A. *Espejo del pasado. Memorias Literarias*. Santiago: Editorial Nascimento, 1947.
- Melfí, Domingo. *Estudios de literatura chilena*. Primera serie. Santiago: Editorial Nascimento, 1938.
- Millar, René y Carmen Gloria Duhart. “La vida en los claustros. Monjas y frailes, disciplinas y devociones”, *Historia de la vida privada en Chile. El Chile tradicional. De la Conquista a 1840*. Eds. Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri. Santiago: Taurus, 2005.
- Muñoz Gom, María Angélica. “Tertulias y salones literarios chilenos: su función socio-cultural”. *Formas de sociabilidad en Chile 1840 – 1940*. Santiago: Fundación Mario Góngora, 1992.
- Neruda, Pablo. “Amistades y enemistades literarias”, *Para nacer he nacido*. Barcelona: Seix Barral, 1978.
- Orrego Luco, Luis. *Memorias del tiempo viejo*. Santiago: Ediciones de la Universidad, 1984.
- Santa Cruz, Domingo. *Mi vida en la música. Contribución al estudio de la vida musical chilena durante el siglo XX*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2008.
- Silva Castro, Raúl. *Carlos Pezoa Véliz (1879 – 1908)*. Santiago: Ministerio de Educación Pública, 1964.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Tomo I. Sociedad y Cultura liberal en el siglo XIX: J.V. Lastarria*. Santiago: Universitaria, 1997.
- . *Historia de las ideas y de la cultura en Chile, Tomo III, El Centenario y las vanguardias*. Santiago: Universitaria, 2004.
- Vicuña, Manuel. *La Belle Époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*. Santiago: Sudamericana, 2001.